

*Dicen que si a los niños madrileños les piden en su colegio pintar un pollito, muchos lo pintan asao. Y los paseos escolares a las granjas-escuela son un éxito garantizado. Algo nos está pasando.*

## Lo rural humano

José Luis Corzo (M)

Aquí hablamos siempre de *escuela* y se nos ve el plumero barbianés, pues Barbiana estaba en un monte, casi aislada. Pero los pedagogos y las revistas “como Dios manda” siempre hablan de centros, de colegios y de institutos del sistema educativo; y mejor con siglas, IES, por ejemplo. *Escuela* parece sonar a pueblo que se vacía y a paleta atrasao.

En cambio, las mejores y más conmovedoras películas, hispanas y extranjeras, sobre la chavalería retratan una estupenda vida escolar rural y las recordamos con agrado, aunque sean duras, como *La lengua de las mariposas* (José Luis Cuerda, 1999, con Fernando Fernán Gómez) o la catalana más reciente *El mestre que va prometre el mar* (Patricia Font, 2023). Ambas evocan la extinción de tantos buenos maestros republicanos. Y hay muchas otras cintas, como la china *Ni uno menos* (Zhang Yimou, 1999), o el documental francés sobre el *Camino a la escuela* (Pascal Plisson 2013) de una niña marroquí, otro keniano, un indio y un argentino de la Patagonia. También hay más francesas como *Hoy empieza todo* (Bertrand Tavernier 1999) y el documental *Ser y tener* (Nicolas Philibert, 2002).

Nuestra tendencia general hacia lo urbanita y multitudinario nos debería sorprender. ¿Seguro que el futuro de la humanidad pasa por ahí? ¿Esto es más humano que vivir en horizontal? Ya sé que 8.000 millones de habitantes no se reparten fácilmente por mucha nostalgia que nos dé la vida rural, pero aún es casi la mitad en el globo terráqueo.

Y me gustaría mucho saber si mi lectora o lector se han planteado alguna vez una cuestión importante poco corriente: ¿no viviremos nosotros en la parte equivocada del mundo? Quizás muchos ya lo hayan

resuelto en su interior, pero lo cierto es que ni la tecnología imparable, ni la inteligencia artificial ya presente, ni el feminismo creciente, ni la libertad total de nuestro sexo... parecen frenar los males mayores de la humanidad actual, como la contaminación del planeta y el cambio climático, las guerras tan bárbaras de siempre – hoy televisadas – y ni siquiera el hambre o las migraciones desesperadas, ni la durísima explotación laboral y hasta la esclavización de personas.

A mí esta parte del mundo no me parece que esté muy acertada ni, menos aún, propongo volver a Atapuerca. Simplemente, me gustaría colaborar en que nuestras sociedades no pierdan ni un ápice siquiera de humanidad, pues nadie – tampoco las filosofías o las religiones – asegura que la meta del hombre sobre la tierra sea el progreso técnico indefinido y urbanita. Por lo menos desde la revolución francesa de 1789, aspiramos a una sociedad más fraterna, igualitaria y libre, y en todo el mundo, donde sea posible la paz, la seguridad y un pluralismo cultural, étnico y religioso, no uniforme.

Supongo que es eso lo que debemos aprender – y vivir – de pequeños en la escuela; pero no suele ser así. ¡Qué pena!, pues pocas cosas hay tan importantes. ¿Y no será más fácil lograrlo en algunas escuelas que en otras? Seguro que sí. El medio rural vale la pena y sus escuelas nos dan muchas lecciones.

Lo sugiere esta carta de Milani a los dos meses de llegar a su exilio de Barbiana, tras pasar 7 años cerca de Florencia, en S. Donato (Calenzano).

Escribió así a un exalumno suyo que ya era secretario de la Democracia Cristiana de Calenzano.



9.2.1955, a Giorgio Pelagatti [TO 338]

“Querido Giorgio:

gracias por tu carta y por los recortes de prensa [...] No tengáis demasiada pena por mí, pues seguro que he tenido algún “antepasado” montañés. Me parece estar aquí desde siempre. Cuando pienso en S. Donato [su parroquia anterior] es como recordar un viaje de 7 años al extranjero. Un recuerdo querido, pero mi sitio no era ese. Fui a Florencia el mes pasado y por poco no acabo debajo del bus. Estuve todo aturdido por el ruido y sufrí mucho miedo. Total, que ahora estoy ya recivilizado y si por desgracia me trajeran la luz eléctrica hasta tendría miedo de que me diera un calambre.

Pero lo más bonito es que también aquí me han acogido como a un viejo amigo que regresa. La escuela, por ejemplo, ha funcionado desde el primer día como en S. Donato funcionó a los 7 años.

Al cura de S. Martino le ha escapado de la boca decir que no está bien dar clase a los campesinos, pues dejan los montes y la tierra. El mismo discurso ha hecho un propietario. No me podían hacer un servicio mejor. Los campesinos

me rodean más que nunca. Ahora la cultura coge el sabor de un fruto prohibido, cuyo sabor es notoriamente el más suculento que exista. Me parece que ya se ha caído la desconfianza. Juraría que ya me consideran uno de ellos.

Es tremendo pensarlo, porque por casualidad lo soy de veras, como tú sabes, y con todo el corazón, pero piensa qué fácil sería engañarlos y fingir la forma de hacerse adorar y luego, poco a poco, darles por saco delicadamente.

No pido más que tener la gracia de ser y conservarme digno de ellos y de no aprovecharme a mi favor de las riendas que tan generosamente me ceden. En resumen, vuelve aquí arriba dentro de 10 años y verás. Y pensar que hasta cerca de 1951 yo estaba convencido de que no había nada que hacer con los campesinos. Ahora sé que se puede hacer todo y le saco más jugo a hablar con un campesino que con un obrero.

Escríbeme alguna otra vez y cuéntame algo de tu secretariado y si has tenido choques divertidos con alguien.

Un abrazo afectuoso de tu Lorenzo”.

